

¿CÓMO EXPLICAR LA PROSPERIDAD DE LOS PAÍSES? TRES TEORÍAS EN DISPUTA Y UN ESBOZO DE CONVERGENCIA

HOW TO EXPLAIN NATIONAL PROSPERITY? THREE THEORIES UNDER DISCUSSION AND A CONVERGENCE OUTLINE

Pablo Beytía R.¹

Resumen

En este artículo se revisan y comparan entre sí tres enfoques teóricos que pretenden explicar la prosperidad de los países. Cada uno de ellos destaca el impacto de una dimensión particular de factores influyentes: geografía, cultura o institucionalidad. Luego de mostrar las compatibilidades e incompatibilidades entre estos enfoques, se propone que ellos son complementarios entre sí, por lo cual debiera avanzarse hacia el desarrollo de una teoría multifactorial de la prosperidad. Dicha teoría, tendría que considerar la influencia de factores contextuales (como la geografía, la cultura o las instituciones) y económicos, además de entender que las distintas dimensiones de factores a) se influyen mutuamente, b) muestran su impacto a escalas temporales diversas y c) tienen efectos en el desarrollo económico a niveles que varían históricamente.

Abstract

In this paper three theoretical approaches that explain the prosperity of countries are reviewed and compared. Each of them emphasizes the impact of a particular dimension of conditioning factors: geography, culture or institutions. After showing the compatibilities and incompatibilities between these approaches, it is proposed that they are complementary to each other, so it would be fruitful to develop a multifactorial theory of prosperity. This theory should consider the influence of contextual factors (e.g. geography, culture, institutions) and economic elements, in addition to understanding that different dimensions of factors a) influence each other, b) show their impact on different time scales and c) affect the economic development at historically variable levels.

PALABRAS CLAVE:

PALABRAS CLAVE: DESARROLLO ECONÓMICO, CAPITALISMO, RIQUEZA, ECONOMÍA POLÍTICA.

KEYWORDS:

KEYWORDS: ECONOMIC DEVELOPMENT, CAPITALISM, WEALTH, POLITICAL ECONOMY.

Fecha de recepción: 02.10.2016

Received: 02.10.2016

Fecha de aceptación: 07.12.2016

Accepted: 07.12.2016

¹Teacher, Instituto de Sociología de la P. Universidad Católica de Chile. Sociologist and magister in Sociología, P. Universidad Católica de Chile. Magíster in Philosophy, Universidad de Chile.

Introducción

Las organizaciones sociales son asombrosamente diversas. Una sencilla revisión de datos antropológicos nos puede aproximar a las dimensiones de esta afirmación. Según el proyecto Ethnologue (2016), actualmente existen al menos 7.097 lenguas usadas en el planeta², con sus correspondientes maneras de interpretar, representar y recrear el mundo. Si se considera, además de ello, la información de las 1.291 sociedades históricas incluidas en el Ethnographic Atlas³, se verá que las organizaciones humanas tienen significativas diferencias en elementos que sin duda repercuten en su propio desarrollo histórico. Existe diversidad, por ejemplo, en los tamaños de las poblaciones y de las comunidades locales, en los ritos y las creencias religiosas, en las maneras de organizar el matrimonio y las normas sexuales, en las actividades de subsistencia económica, en los modos de establecer roles laborales, en la administración de la propiedad y la herencia, en las formas de estratificación y de organización social de las jerarquías, y en los modos de sucesión política (Murdock 1962-1971; Barry 1980; Gray 1999; Korotayev et al. 2004; Bondarenko et al. 2005).

Si se toma en serio esta diversidad social, no sorprende que actualmente los países tengan niveles de prosperidad muy diferentes. Consideremos, al respecto, algunos datos internacionales:

-Actualmente Qatar es el país con mayor producto interno bruto del mundo, produciendo anualmente 129.727 dólares por persona, es

decir, más de 197 veces lo que produce República Centroafricana⁴ (International Monetary Fund 2016).

-Si entendemos a las personas en situación de pobreza como aquellas que viven con menos de 3,1 dólares al día, en 2013 los porcentajes de pobreza de los países variaban entre 0% y 80,6%⁵(World Bank 2013).

-En 2015, la tasa anual de mortalidad en niños menores de un año variaba entre 1,5 (Luxemburgo) y 96 (Angola) por cada 1.000 nacidos vivos (World Bank 2015).

-Hong Kong registraba en 2014 una esperanza de vida al nacer de 84 años, mientras que en Suazilandia era de 48,9 años (World Bank 2014).

-Hay países en donde el 100% de los niños en edad de realizar su educación primaria se ha incorporado a una escuela, pero en Benin ese porcentaje sólo llegaba al 7,3% en 2014 (World Bank 2014).

² Sólo en Papúa Nueva Guinea existen 840 lenguas, y en Indonesia 709. Por otra parte, un tercio de las lenguas incluidas en este registro tiene menos de 1.000 hablantes y 23 idiomas agrupan más de la mitad de los hablantes del mundo. Para más detalles, ver: <https://www.ethnologue.com/guides/how-many-languages>

³ La representación de estos datos está actualmente disponible en el proyecto D-Place. Versión en línea: <https://d-place.org/>.

⁴ Considerando paridad de poder adquisitivo.

⁵ Considerando paridad de poder adquisitivo.

-El alfabetismo es cercano al 100% en varios países, pero en Nigeria sólo el 15,5% de la población mayor de 15 años podía leer y escribir en 2012 (World Bank 2012).

-El Índice de Desarrollo Humano –que agrupa el acceso a una vida larga y saludable, al conocimiento y a un nivel mínimo de calidad de vida– mostraba un rango entre 0,94 (Noruega) y 0,35 (Nigeria) en 2015 (UNDP y Malik 2014).

-El Indicador de Progreso Social 2016 –que evalúa la satisfacción de necesidades humanas básicas, la infraestructura para el bienestar y el acceso a oportunidades en los países– determinó para Finlandia un puntaje 3 veces más alto que el de República Centroafricana (Social Progress Imperative 2016).

La suma de estos datos revela un fenómeno que ha sido ampliamente conocido en las ciencias sociales: la “gran divergencia” en el nivel de prosperidad de los países. Esta desigualdad, como se puede deducir de los antecedentes señalados, es subrayada actualmente por indicadores económicos, sanitarios y educativos, así como por medidas más generales de desarrollo y calidad de vida. Existen señales, además, de que la disparidad internacional ha avanzado en la historia reciente: la desigualdad mundial de ingresos, al menos, parece haberse profundizado en los últimos dos siglos, y ello se explicaría en mayor medida por las diferencias económicas entre los países que por transformaciones internas a las naciones (Bourguignon y Morrison 2002).

La observación territorial de esta divergen-

cia, por otra parte, permite identificar ciertos patrones regionales. En algunos sectores del mundo –generalmente Europa occidental y algunas de sus colonias actuales o pasadas– y no en otros –como China, India, América Latina, Oriente Medio o África– se ha concentrado en los últimos siglos el desarrollo económico y humano global. Esa tendencia, unida a la hegemonía militar y política que adquirieron las mismas regiones en la historia moderna, derivó en una “dominación” civilizatoria de Occidente a escala mundial (Ferguson 2012), que recién en nuestros días está dando señales de atenuación (Ferguson 2014).

Ante este escenario, las ciencias sociales han formulado preguntas interesantes: ¿cómo explicar la prosperidad de los países y sus divergencias en términos de desarrollo y calidad de vida? ¿Qué circunstancias han determinado el “gran salto” de algunas naciones y el estancamiento relativo de otras? ¿Por qué la civilización occidental, y no otra, llegó en los últimos cinco siglos a concentrar los recursos económicos y militares del planeta? No son pocos los investigadores que han intentado resolver estas interrogantes fundamentales para la entender las dinámicas del desarrollo internacional.

En este artículo se revisarán y compararán entre sí tres influyentes enfoques teóricos que pretenden explicar la prosperidad de los

países y que actualmente están siendo discutidos científicamente y contrastados entre sí. Cada uno de ellos, trasciende la observación de dinámicas económicas específicas –como la división del trabajo o la expansión moderna del crédito– y destaca la importancia de una dimensión de factores condicionantes del desarrollo: la geografía, la cultura o la institucionalidad. Luego de contrastar estas aproximaciones teóricas, se argumentará que ellas son complementarias entre sí, por lo cual debiera avanzarse en el desarrollo de una teoría multifactorial de la prosperidad nacional, que considere tanto aspectos contextuales como económicos. Esta teoría, además, debiera considerar que las dimensiones de factores que afectan la prosperidad a) suelen influirse mutuamente, b) muestran su impacto a escalas temporales diversas y c) tienen efectos en el desarrollo económico a niveles que varían históricamente.

El impacto de la geografía y las condiciones medioambientales

En 1997 el científico norteamericano Jared Diamond publicó el libro *Armas, gérmenes y acero*, en donde propuso una teoría sobre la concentración territorial de la prosperidad que ha generado mucha discusión, y que ha sido complementada recientemente con otro texto: *Sociedades Comparadas* (2016). En sintonía con algunas ideas de Maquiavelo, Montesquieu, Toynbee o Marshall (Acemoglu, Johnson y Robinson 2002), esta teoría basa sus explicaciones en las condiciones geográficas de las sociedades humanas, lo cual permite observar elementos potenciadores de la desigualdad in-

ternacional en un rango temporal extraordinariamente amplio (varios miles de años). La pregunta inicial de Diamond (2014, p. 17), es “¿por qué la riqueza y el poder se distribuyeron como lo están ahora, y no de otra manera?”. Para responder esta interrogante, diseña una argumentación a distintas escalas territoriales –intercontinental, intracontinental e internacional–, en las cuales distingue causas “inmediatas” y “últimas”.

a. Nivel intercontinental

En la escala intercontinental, las causas inmediatas que habrían potenciado las diferencias de riqueza y poder en los últimos siglos, serían principalmente de índole tecnológica y política. Hacia el año 1500 –cuando se inicia la expansión colonial europea–, “[l]os imperios que disponían de armas de acero pudieron conquistar o exterminar a las tribus que tenían armas de piedra o madera” (Diamond: 2014, p. 18). Los aztecas y los incas, por ejemplo, construyeron grandes imperios, pero sólo poseían herramientas de piedra, mientras que en África subsahariana existían pequeños estados con útiles de hierro. Los pueblos restantes que fueron colonizados vivían en tribus agrícolas o en hordas de cazadores-recolectores, y utilizaban por lo general herramientas de piedra. De tal modo, una diferencia política (la existencia de grandes estados) y otra tecnológica (la utilización del acero) podrían explicar a mediano plazo las mayores oportunidades de dominio que tuvo Europa en el siglo XVI, y más generalmente, las diferencias de riqueza y poder más características del mundo moderno. Sin embargo, estas diferencias no siempre

existieron. Según Diamond, hasta el final del último período glacial (año 11.000 a. C.) todos los pueblos de todos los continentes eran cazadores-recolectores. Ello traslada la pregunta de fondo hacia los procesos de diferenciación tecnológica y política producidos entre los años 11.000 a. C y 1.500: “¿por qué el desarrollo humano se produjo a ritmos tan diferentes en los distintos continentes?” (Diamond: 2014, p. 18-19).

La respuesta gruesa de Diamond (2014, p. 29), es que la historia “siguió trayectorias distintas para diferentes pueblos debido a las diferencias existentes en los entornos de los pueblos”. No jugarían un papel importante las características biológicas, sino que principalmente el medioambiente de las sociedades. Algunos entornos proporcionaron mejores materiales de partida para desarrollar la agricultura, además de condiciones más favorables para la creación y utilización de inventos. Específicamente, Diamond (2014, pp. 464-466) propone cuatro grupos de diferencias que serían particularmente relevantes para la diferenciación de la prosperidad intercontinental:

1. La cantidad de especies de animales salvajes y plantas silvestres posibles de domesticar. La mayoría de los animales y plantas no son adecuados para la domesticación, y ese proceso es decisivo para que los pueblos puedan desarrollar la agricultura. Las técnicas de cultivo agrícolas generan los excedentes alimentarios que permiten aumentar la población y alimentar a gente especializada en otros ámbitos.
2. El ritmo de la difusión y la migración dentro

del continente. La mayoría de las sociedades obtienen mucho más beneficios de los inventos de otras sociedades que de sus propias creaciones, sobre todo cuando se trata de tecnología e innovaciones políticas. Históricamente fue más favorable que los continentes compartieran un clima similar, ya que eso favoreció la difusión de plantas y animales propios para la agricultura.

3. El ritmo de difusión con otros continentes. Al igual que la difusión interna al territorio, la conexión intercontinental favorece la acumulación de animales domésticos y tecnología.

4. La superficie o el tamaño de la población. Mientras mayores sean estos dos elementos, potencialmente habrán más inventores, sociedades más competitivas, más innovaciones disponibles y mayor presión por innovar.

Estos cuatro grupos de factores posicionaron, según Diamond, a Eurasia como el continente más beneficiado en términos medioambientales. Esta región del mundo contaba con más especies salvajes apropiadas para la domesticación; tuvo modestos obstáculos ecológicos y geográficos para la difusión interna de animales y tecnología –fundamentalmente debido a que su eje central de traslado (este-oeste) no involucraba grandes cambios climáticos–; participaba en la mejor vía de conexión intercontinental (con África Subsahariana), lo que le permitió importar numerosas especies de ganado; y, a pesar de ser la segunda mayor masa terrestre del planeta, tenía más homogeneidad geográfica y ecológica que el continente más amplio (América), lo que se tradujo en mayores

oportunidades de innovación y competencia que las otras regiones.

b. Nivel intracontinental

Entre todos los continentes, Eurasia habría sido el con mayores facilidades para el desarrollo de riqueza y prosperidad. Pero, ¿por qué, al interior de Eurasia, fueron las sociedades europeas y no las del Creciente Fértil (Mesopotamia y Persia), China o India las que llegaron a ser dominantes en el mundo moderno? Después de todo, en términos de desarrollo, el Creciente fértil y China tenían una notable ventaja acumulada desde siglos anteriores. Para explicar esto, nuevamente Diamond distingue causas inmediatas y últimas.

Los factores inmediatos que explican el ascenso europeo serían “el desarrollo de una clase mercantil, el capitalismo, la proyección de los inventos mediante patentes, el no haber desarrollado déspotas absolutos ni impuestos aplastantes, y su tradición greco-judeo-cristiana de investigación empírica y crítica” (Diamond 2014, p. 468). Sin embargo, ¿por qué estas circunstancias inmediatas surgieron en Europa y no en China o el Creciente Fértil?

Entre los años 8.500 a. C. y 500 a. C., señala Diamond, el Creciente Fértil y el Mediterráneo oriental claramente dominaban el mundo en términos tecnológicos, y hasta 1450 seguían siendo una mayor fuente de ciencia y tecnología que Europa occidental⁶. Sin embargo, tenían un medioambiente ecológicamente frágil y terminaron cometiendo un suicidio ecológico: los bosques fueron progresivamente talados por agricultura, construcción, leña o fabricación de yeso, lo que, en un ambiente

de bajas precipitaciones, terminó erosionando los valles y acumulando grandes cantidades de sal en la tierra. De ese modo fueron destruyendo sus fuentes de recursos. Al mismo tiempo, el poder del Creciente Fértil se fue trasladando históricamente hacia el Oeste: en el siglo IV a. C. hacia Grecia (con Carlo Magno) y desde el siglo II a. C. hacia Roma, manteniéndose en Europa occidental luego de la caída del Imperio Romano. Ese traslado progresivo es explicado por Diamond en términos medioambientales: los europeos vivían en un entorno con mayores precipitaciones y en donde la vegetación volvía a crecer con mayor rapidez (Diamond 2014, pp. 468-470).

En la Edad Media, por otra parte, China se convirtió en el líder tecnológico del mundo, situación que duró aproximadamente hasta el siglo XV. A nivel medioambiental, tuvo una ventaja de salida: tenía alta diversidad de cultivos, animales y tecnología, además de una superficie extensa y productiva, con un entorno ecológicamente sólido. Sin embargo, su alto grado de unidad política y su conectividad geográfica, que en algunos casos favorece el desarrollo civilizatorio, fue poco adecuada para la innovación y difusión de inventos: se transformó en una desventaja, dado que cualquier déspota podía detener los procesos de innovación a su arbitrio. Eso fue lo que pasó, por ejemplo, con las flotas buscadoras de tesoro que zarparon entre 1405 y 1433 desde China, y que fueron frenadas posteriormente con una sola decisión política. En cambio en Europa, la diversi-

⁶ De hecho, Europa recibió gran parte de sus cultivos, animales domésticos, tecnologías y sistemas de escritura desde el Creciente Fértil.

dad política, cultural y lingüística favoreció la competencia y la innovación. El ejemplo más conocido fue el de Cristóbal Colón, que antes de poder financiar su viaje con reyes de Castilla, había recurrido a tres gobernantes que rechazaron su proyecto. Si cualquiera de ellos hubiera gobernado toda Europa, quizás no se habría producido la colonización de América.

c. Nivel internacional

En Sociedades Comparadas (2016), Diamond complementa su teoría de la prosperidad occidental a partir de nuevas especificaciones a nivel de naciones. A su juicio, los factores inmediatos que condicionan el desarrollo de los países serían institucionales. Hay doce elementos de este tipo que han sido resaltados por los economistas: nivel de corrupción, estado de derecho, derechos de propiedad, cumplimiento de contratos, incentivos y oportunidades de inversión financiera, tasa de asesinatos, eficacia gubernamental, nivel de inflación, libertad de flujos de capital, libertad de flujo comercial, acceso a cambio de divisas e inversión en capital humano (Diamond 2016, pp. 51-55). A juicio de Diamond, estos factores efectivamente explican en gran medida la pobreza y riqueza de las naciones. Sin embargo, conformarían una explicación incompleta, dado que no aclaran a) por qué han surgido esas instituciones en ciertas regiones geográficas y no en otras, ni b) por qué en algunos países las “buenas instituciones” son más difíciles de implementar que en otros.

Desde su perspectiva, los factores institucionales serían causas inmediatas que dependen de circunstancias más profundas, entre las

que destaca el desarrollo histórico de la agricultura. Dicho proceso habría favorecido la emergencia de instituciones complejas, dado que permitió el desarrollo de sociedades sedentarias, con alta densidad de población y excedentes alimentarios, en las cuales pudo surgir la figura del especialista (ya sean reyes, burócratas, mercaderes o inventores). Como se ha señalado, las especies vegetales y animales que permitieron la agricultura se hallaban en pocos lugares del mundo, por lo cual esta explicación también remite, en último término, a condiciones medioambientales.

Además de enlazar el surgimiento de las instituciones complejas con la agricultura, Diamond (2016, pp. 23-48) distingue cuatro factores geográficos que explican en parte el desarrollo y la riqueza de los países:

1. Latitud: en general los países tropicales tenderían a ser más pobres que los templados. Por un lado, ello se explica porque tienen menor profundidad y fertilidad en sus suelos –debido a la influencia de las glaciaciones y a que el clima favorece la mantención de agentes patógenos–. Por el otro, los países tropicales tienen más deficiencias sanitarias en la población –ya que en los países templados el nivel de frío mata a los gérmenes–. Esto último, ha llevado a que en el trópico exista mayor mortalidad y morbilidad, una vida laboral más breve, así como menos hijos vivos y –dado esto último– menos mujeres participantes en el ámbito laboral debido a su mayor tasa de embarazos.

2. Salida el mar: el acceso al mar, incluso en nuestros días, abarata ampliamente los costos en el transporte de mercancías. Por ello los paí-

ses que no tienen este recurso tienen mayores dificultades para generar riqueza.

3. Nivel de recursos naturales: los países ricos en recursos naturales suelen ser más pobres. Eso se explica porque tienden a basar su economía en la exportación, a concentrar la riqueza en ciertos sectores geográficos –lo que incentiva guerras civiles–, a ser corruptos en la distribución de materias primas y a dificultar el surgimiento de otros sectores económicos complementarios⁷.

4. Problemas medioambientales y de superpoblación: Los países con estos problemas han tendido históricamente a ser más pobres y a tener serios derrumbes sociales⁸.

La cultura como potenciadora o mitigadora de la prosperidad

El reconocido sociólogo alemán Max Weber es considerado como el principal representante de una teoría que, en vez de destacar el papel de los fenómenos geográficos, ha intentado mostrar la importancia de la cultura en la generación de riqueza y prosperidad. Su contribución más conocida sobre el tema fue *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1905), ensayo que fue complementado con su *Historia económica general* (1923) y otros escritos afines.

La pregunta por la prosperidad, desde la óptica de Weber (2004), debe enmarcarse dentro de un cuestionamiento más general sobre la explosiva racionalización de la civilización occidental en diferentes esferas de vida. Entre los siglos

XVI y XIX, Weber identifica la emergencia de diversos procesos sociales en Europa occidental: se desarrolló una ciencia que por primera vez mezclaba experimentación, fundamentación matemática y demostración racional; se implementó un Estado con constitución y derecho racionales, administrado burocráticamente por funcionarios especializados; se formalizó el derecho y se desarrolló racionalmente la ciencia jurídica; se implementó un Parlamento compuesto por representantes elegidos periódicamente por el pueblo; se desarrolló la música armónica racional, además del pentagrama de notación musical; se desplegaron los principios de perspectiva y luz en la pintura; y nacieron la prensa y las revistas, conformando una literatura destinada a la impresión y sólo viable por ella. En ese proceso general –que abarca ámbitos como el conocimiento, la política, el derecho y el arte–, también habría existido una transformación económica: la organización racional del trabajo formalmente libre, proceso que estaría en la base del capitalismo moderno (Weber 2004, pp. 11-27).

La pregunta general de Weber, apunta a explicar por qué en Occidente surgieron estos fe-

⁷ Un ejemplo interesante sobre la relación entre el nivel de recursos naturales de un país y su riqueza, se da con el petróleo: las naciones prósperas en petróleo son menos democráticas, tienen menos estabilidad económica y guerras civiles más frecuentes que aquellas sin petróleo (Ross 2012).

⁸ Ejemplos de esto se pueden encontrar en Diamond, J. (2006). *Colapso. Por qué algunas sociedades perduran y otras desaparecen*. Barcelona: Debate.

nómenos culturales que han tendido a marcar una dirección evolutiva universal (Weber 2004, p. 11). El capitalismo moderno sería solo uno de los fenómenos sociales que participan en el proceso general de racionalización. Sería, sin embargo, “el poder más importante de nuestra vida moderna” (Weber 2004, p. 14), un fenómeno con consecuencias muy relevantes para la generación de prosperidad y acumulación de riqueza, que además fue entendido por Weber como paradigma de la racionalidad occidental (Martuccelli 2013).

a. Relación entre ética religiosa y capitalismo moderno

Weber (2004) entiende el capitalismo en general como aquella actividad económica que se basa en el cálculo del valor aportado y del valor obtenido, dando como resultado una moderación racional del impulso lucrativo. Conceptualizado así, habría existido capitalismo en varias civilizaciones del mundo, incluyendo China, India, Babilonia, Grecia antigua y Europa medieval. Sin embargo, a Weber le interesa explicar el surgimiento del capitalismo moderno, aquél que dio origen a niveles nunca antes vistos de riqueza y prosperidad. Lo particular de este sistema económico, siguiendo su argumentación, es que se basa en la organización racional del trabajo formalmente libre, característica agregada por primera vez en Europa occidental desde el siglo XVI. Dada la separación entre la industria y la vida doméstica, en esa región se pudo expandir el uso de la contabilidad racional para administrar la fuerza laboral, lo que permitió formar empresas que utilizaran el cálculo de utilidades, la organiza-

ción metódica del trabajo y el control de la rentabilidad a niveles previamente desconocidos (Weber 2004, pp. 15-21). ¿Pero por qué surgió en Europa occidental este particular sistema de creación de riqueza?

La tesis de Weber establece una asociación práctica entre ciertas creencias religiosas que surgieron en la Reforma protestante y el espíritu de moderación racional que originalmente estuvo en la base del capitalismo moderno. Su propuesta apunta a explicar la racionalización de la vida económica occidental a partir de un examen de los estímulos de conducta promovidos por las religiones. Weber es consciente de que el origen del capitalismo moderno no podría explicarse únicamente por la Reforma y sus consecuencias⁹; sin embargo, sostiene que cada religión promueve una “ética económica” –tendencias prácticas de acción– que puede tener mayor o menor afinidad con las conductas características de los distintos sistemas económicos (Weber 2005).

En la reforma protestante del siglo XVI, Weber encuentra ciertas claves que ayudan a explicar por qué el capitalismo moderno surgió por pri-

⁹ En su libro *Sociología de la Religión*, Weber (2005, pp. 8-9) especifica los límites de su tesis en al menos tres aspectos: a) la religión no sería lo único que determina la ética económica; b) la organización económica estaría afectada por la ética económica, pero también por factores geográficos, históricos y económicos; y c) el estilo de vida religioso está profundamente influenciado por factores económicos y políticos al interior de ciertos límites geográficos, políticos, sociales y nacionales.

mera vez en Europa occidental. Su argumentación parte de una observación simple: en Alemania existía un sesgo religioso de las profesiones, debido a que los círculos protestantes –en contraposición con los católicos– tendían a concentrar profesionales industriales o mercantiles, situados en las esferas superiores de las clases trabajadoras. En esos mismos círculos, además, se concentraban la propiedad privada y las empresas capitalistas. Partiendo de esa observación comparativa, Weber (2004) postula una afinidad entre la cultura original del capitalismo moderno y la racionalización de la conducta promovida por ciertas ramas del protestantismo ascético –Calvinismo, Metodismo, Pietismo y Movimiento Bautizante–. La Reforma protestante, que dio origen a estos movimientos religiosos, habría promovido una forma de moderación de la conducta que tuvo amplia afinidad con la racionalización económica.

¿Por qué habría pasado esto? Según Weber, el espíritu del capitalismo moderno se caracteriza por no entender el trabajo y la ganancia simplemente como medios para la satisfacción de las necesidades vitales del hombre, sino más bien como fines en sí mismos. Y la reforma habría propiciado justamente esta forma de vida con sus nuevos enunciados religiosos. En un primer movimiento, el Luteranismo enfatizó el trabajo como vocación, como misión impuesta por Dios. Posteriormente, el Calvinismo profundizó en la idea de la predestinación, eliminando los sacramentos como formas de vinculación con Dios y especificando que el hombre no puede ser salvado por sus obras. Ello sin duda habría generado una angustia existen-

cial entre los creyentes, dado que no sabían si pertenecían al grupo de los electi (escogidos por Dios) o no. Para eliminar esa angustia, los Calvinistas y otros grupos religiosos ascéticos comenzaron a interpretar el éxito en la vocación profesional y la acumulación de riqueza como indicios de salvación.

El resultado social de este proceso, habría sido la estimulación de un amplio grupo de personas para que consideraran el trabajo como fin de la vida y no como un medio para satisfacer necesidades. Este grupo, además, estaba dispuesto a sistematizar racionalmente su conducta para trabajar “a mayor gloria de Dios” y no estaba particularmente interesado en el gasto (produciendo acumulación y capital). En suma, la ética del protestantismo ascético habría juntado tres elementos propicios para el desarrollo del capitalismo racional en Europa: a) eliminó la magia en el mundo (anulando los sacramentos y la posibilidad de realizar obras para obtener la gracia divina), b) promovió el trabajo metódico y sistemático como búsqueda de indicios de salvación y c) desvalorizó el mundo material, promoviendo la acumulación de riqueza y capital.

b. Condiciones generales que dieron origen al capitalismo moderno

Normalmente no se profundiza demasiado en la tesis de Weber, asumiendo que toda su explicación del capitalismo moderno proviene de la evaluación de las conductas religiosas o, más específicamente, de la ética económica de las religiones. Sin embargo, este autor hizo un modelo más completo para explicar por qué

surgió el capitalismo moderno específicamente en Europa occidental, el cual fue descrito en el cuarto capítulo de su Historia Económica General. En ese texto, Weber (2001, pp. 194-203) especifica seis condiciones que propiciaron el surgimiento del capitalismo moderno:

1. Geografía favorable para el comercio: en Europa la posición interior del mar Mediterráneo y la abundante comunicación fluvial favorecieron el negocio entre países. Ello contrastaba con el entorno de China e India, que promovió el tráfico económico interior.

2. Estado racional: es relevante una administración orgánica y relativamente estable, con funcionarios especializados y derechos políticos. Solo en esta forma de gobierno ha existido una política económica estatal, lo cual facilita el reclutamiento laboral necesario para el desarrollo capitalista.

3. Derecho racional: en tanto normatividad formal, se trata de un derecho calculable por el empresario y que elimina formas legales asociadas a la magia o los ritos.

4. Ciencia y técnica racional: refiere a la mezcla de fundamentos matemáticos con experimentación racional. Ello permitió una revolución en los instrumentos de trabajo y en el cálculo de la rentabilidad.

5. Configuración urbana: la ciudad actúa como sede fortificada de comercio e industria, de derechos políticos (lo cual promueve la normatividad calculable) y de libertad individual (generando un mercado laboral). También es el

lugar de la disciplina militar, la administración religiosa y la proliferación cultural.

6. Ética racional: se necesita una ideología que contribuya a sistematizar la conducta de vida, creando un comportamiento racional en la economía. Este es el elemento particular que se asoció originalmente con la ética del protestantismo ascético.

Como puede notarse, Weber no consideraba la ética protestante como una explicación auto-suficiente del origen del capitalismo moderno. Su tesis indica que la ética del protestantismo ascético potenció la afinidad de los creyentes con algunas conductas típicas del capitalismo temprano, y ello habría sido determinante en la construcción de este proceso histórico. Pero eso no implica entender la religión como el único factor influyente. De hecho, Weber otorga un papel relevante a la geografía y ciertos elementos institucionales (como el estado burocrático y el derecho formal), que deberían ser considerados como parte de su explicación completa sobre la generación de la prosperidad en los países.

Instituciones apropiadas para la generación de riqueza

En los últimos años ha surgido un tercer enfoque teórico sobre la prosperidad de los países que, en vez de basarse en la geografía o la cultura, explica el surgimiento de la riqueza a partir de un elemento más transformable: la institucionalidad. Este marco conceptual se ha popularizado principalmente en dos versiones.

En primer lugar, una de inspiración histórica elaborada por Niall Ferguson en sus libros *Civilización. Occidente y el resto* (2012) y *La gran degeneración. Cómo caen las instituciones y mueren las economías* (2014). En segundo lugar, una versión económica sistematizada en el libro *Por qué fracasan los países. Los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza* (2012), escrito por Daron Acemoglu y James Robinson. Dentro de esta perspectiva, la pregunta por la prosperidad de los países ha sido formulada en los siguientes términos: “¿por qué, más o menos a partir de 1500, unos pequeños regímenes del extremo occidental de la masa continental eurasiática pasaron a dominar el resto del mundo, incluidas las sociedades, más populosas y en muchos aspectos más sofisticadas, de Eurasia oriental?” (Ferguson 2012, p. 9). O más sintéticamente: “¿Por qué Occidente llegó a dominar al resto del mundo?” (Ferguson 2012, p. 32).

Como puede notarse, esta interrogante es bastante similar a la sostenida por Weber o Diamond, y se explica por hechos análogos. En 1500, sostiene Ferguson (2012, pp. 43-43), las naciones europeas que posteriormente llegaron a convertirse en potencias imperiales representaban solo alrededor del 10% de la superficie terrestre del mundo y a lo más el 16% de su población. En 1913, en cambio, once imperios occidentales¹⁰ controlaban casi tres quintos del territorio y de la población mundial, además de un 79% de la producción económica global.

A la par con este crecimiento político y económico, en los mismos cinco siglos se fue constituyendo un dominio occidental en varias dimensiones. En el ámbito urbano, por ejemplo,

en 1500 Occidente tenía sólo una de las diez ciudades con mayor población del mundo (París), mientras que en 1900 tenía nueve. En el mismo período, las religiones occidentales llegaron a cubrir un tercio de la población mundial. También se aplicaron a todo el mundo las normas de las universidades occidentales y de su ciencia médica, se aceptaron los principios científicos de Newton, Darwin y Einstein, se extendieron los modelos occidentales de marketing y consumo, e incluso la dieta y el estilo de vida occidentales se convirtieron en el estándar mundial (Ferguson 2012, pp. 44-49). ¿Qué es lo que explicaría este extraordinario ascenso de Occidente?

Los autores de esta corriente teórica fundamentan sus interpretaciones en la observación de “experimentos naturales” (Diamond y Robinson 2010). Observando procesos históricos de rápido cambio institucional, intentan ponderar los beneficios sociales que generan algunas instituciones y a la vez descartar la influencia de factores geográficos o culturales (los cuales se asumen como constantes durante el proceso histórico estudiado). Los ejemplos más típicos de este tipo de observación involucran serios quiebres políticos al interior de una nación o ciudad: la división entre Alemania Oriental y Occidental (1949-1990), entre Corea del Norte y del Sur (desde 1945), entre la República de China y la República Popular China (desde 1946), o entre la ciudad de Nogales mexicana y estadounidense (dividida en 1918). También se pueden encontrar ejemplos en los

¹⁰Austria, Bélgica, Francia, Alemania, Italia, Países Bajos, Portugal, España, Rusia, Reino Unido y Estados Unidos.

procesos de colonialismo (Acemoglu, Johnson y Robinson 2000), ya que ellos suponen que un país impone rápidamente sus instituciones políticas a otro, lo cual puede generar un rápido cambio en la calidad de vida de la población. Ello otorga especial relevancia, por ejemplo, a la historia de América Latina, Norteamérica, África, India y Australia.

a. El argumento histórico

La apuesta de Ferguson (2012) implica observar las trayectorias históricas de distintas civilizaciones. A juicio del historiador, las civilizaciones son organizaciones humanas sumamente complejas, que están compuestas por elementos como ciudades, leyes, límites políticos, costumbres, arquitectura, ciencia, arte, estética y calidad de vida, entre otros. Se trataría de la mayor unidad de organización humana –superior a las naciones y a los imperios–, capaz de perdurar históricamente a través de distintas economías y formas políticas. Si bien ellas están vinculadas a ciertas poblaciones humanas, también poseen un carácter cultural difícil de delimitar, que a menudo se centra en aspectos religiosos o lingüísticos (Ferguson 2012, pp. 40-42).

Si se revisa sistemáticamente la historia mundial de los últimos cinco siglos, señala Ferguson, se pueden encontrar seis complejos de instituciones que, junto con las ideas y comportamientos que llevaron aparejados, permitieron generar extraordinarios niveles de riqueza en la civilización occidental. Si cualquiera de estos “resortes del poder global” no hubiera existido, difícilmente Occidente habría logrado su nivel de prosperidad y predominio

en términos políticos. Estos seis complejos institucionales, propios del mundo moderno, serían las claves propuestas por Ferguson (2012, p. 53) para explicar la generación de prosperidad en los países:

1. **Competencia:** que exista descentralización en términos políticos y económicos, ya que ello impulsa el desarrollo de los estados nacionales y del capitalismo.

2. **Ciencia:** se trata de un particular modo de estudiar, comprender y transformar el mundo natural, que aporta, entre otras cosas, ventajas militares.

3. **Derechos de propiedad:** refiere al imperio de la ley como medio para proteger a los propietarios privados y para resolver pacíficamente los conflictos. Sobre estos derechos, además, se habría basado la estabilidad del gobierno representativo.

4. **Medicina:** entendida como una particular rama científica que permitió importantes mejoras de salud y esperanza de vida.

5. **Sociedad de consumo:** refiere a una forma de vida material en donde la producción y la compra de bienes de consumo desempeñan un papel económico central.

6. **Ética de trabajo:** un marco moral y un modo de actividad que proporciona el tejido para mantener unida a una sociedad dinámica y potencialmente inestable.

Ferguson sostiene que estos factores institucionales permiten explicar el extraordinario as-

censo de la civilización occidental en términos de riqueza y bienestar. En el siglo XV, Europa se encontraba políticamente fragmentada, y dentro de cada monarquía o república había múltiples entidades corporativas rivales, lo que habría generado un entorno apropiado para la competencia. Posteriormente, se habría desarrollado la revolución científica (durante el siglo XVII), lo que implicó transgresores avances en matemáticas, astronomía, física, química y biología, algunos de los cuales fueron aplicados a tecnologías militares. Paralelamente, surgió en el mundo anglosajón el derecho de propiedad privada como manera de representación de los propietarios en asambleas legislativas. Entre los siglos XIX y XX, la mayoría de los avances sanitarios fueron realizados por europeos occidentales y norteamericanos, lo que generó un impactante aumento en la esperanza de vida de las naciones occidentales. En cuanto a la sociedad de consumo, habría tenido su origen en la segunda mitad del siglo XVIII, debido a la Revolución Industrial iniciada en el Reino Unido y posteriormente expandida por Europa y Estados Unidos. Finalmente, la civilización occidental habría sido la primera que combinó, con su ética de trabajo influenciada por el protestantismo ascético, procesos laborales extensivos e intensivos que se complementaron con altas tasas de ahorro, lo que permitió una acumulación sostenida de capital (Ferguson 2012, pp. 401-402).

La suma de estos factores institucionales, en

esta versión teórica, sería suficiente para explicar la extraordinaria riqueza generada en occidente en los últimos cinco siglos, además de los diversos niveles de prosperidad que tienen actualmente las naciones.

b. El argumento económico

La versión de Acemoglu y Robinson (2012) parte de una intuición similar a la de Ferguson: si se pretende explicar el desarrollo, la prosperidad y la productividad de los países, no es útil la observación de la geografía y la cultura, dado que la historia muestra enormes diferencias de riqueza entre territorios con similares patrones geográficos y culturales, que sorpresivamente han diferido en cuanto a su configuración institucional. Tal es el caso, por ejemplo, de Alemania del Este y Oeste, o de Corea del Norte y del Sur. Por ello, estos economistas plantean que “[e]l éxito económico de los países difiere debido a las diferencias entre sus instituciones, a las reglas que influyen en cómo funciona la economía y a los incentivos que motivan a las personas” (Acemoglu y Robinson 2012, p. 95). Para distinguir las configuraciones institucionales beneficiosas, de aquellas que no aportan al desarrollo, estos autores proponen una gruesa distinción tipológica. Por un lado, existirían instituciones inclusivas, que son aquellas que “posibilitan y fomentan la participación de la gran mayoría de las personas en actividades económicas que aprovechan mejor su talento y sus habilidades y permiten que cada individuo pueda elegir lo que desea” (Acemoglu y Robinson 2012, p. 96). Se trata de instituciones pluralistas, que otorgan seguridad a la propiedad privada y contribuyen a generar un siste-

ma jurídico imparcial, así como servicios públicos que proporcionan igualdad de condiciones para la realización de intercambios y contratos. Estas instituciones permiten la entrada de nuevas empresas y dejan que cada persona escoja la profesión a la que se quiera dedicar. En el lado opuesto, estarían las instituciones extractivas, entendidas como aquellas que “concentran el poder en manos de una élite reducida y fijan pocos límites al ejercicio de su poder” (Acemoglu y Robinson 2012, p. 103). Estas instituciones están estructuradas para que una parte privilegiada de la población extraiga beneficios del resto de la sociedad. El objetivo es que un subconjunto social consiga rentas y riqueza a expensas de otro. De esta manera, las instituciones extractivas poseen características opuestas a las de tipo inclusivo: no toman en serio la propiedad privada, impiden que la mayoría de la población participe tomando las decisiones económicas que le convenga y no permiten que el Estado proporcione servicios públicos que fomenten la prosperidad. Las instituciones extractivas tampoco promoverían igualdad de oportunidades ni un sistema legal imparcial.

Atendiendo a esta distinción general, la tesis de Acemoglu y Robinson es que las instituciones políticas y económicas de tipo inclusivo, son las que explican el aumento en la prosperidad de los países, mientras que las de tipo extractivo llevarían al fracaso en términos de desarrollo. Ello, debido a que las instituciones inclusivas “crean mercados inclusivos, que no solamente dan a las personas la libertad de ejercer la profesión que mejor se adapte a su talento, sino que también promueven una igualdad de condiciones que les dé la oportu-

nidad de hacerlo” (Acemoglu y Robinson 2012, p.99). En este esquema, quienes tienen buenas ideas serían más capaces de crear empresas, y los trabajadores tenderían a ejercer actividades en las que su productividad sea mayor; también las empresas menos eficientes serían sustituidas por otras más eficientes. Finalmente, las instituciones inclusivas tenderían a favorecer el despliegue de otros motores de prosperidad que son claves para el desarrollo económico, como la tecnología y la educación.

El enfrentamiento de perspectivas: evaluando quiebres y convergencias

Las tres perspectivas reseñadas ofrecen puntos de vista relevantes para explicar la prosperidad de los países. A su vez, todas ellas reclaman para sí cierto privilegio en la observación de los mecanismos que generan riqueza y desarrollo social, presentando argumentos a favor de su postura y en contra de las alternativas teóricas. El resultado de ese enfrentamiento crítico no es simplemente una lista de incompatibilidades entre perspectivas, sino que también la aclaración de enlaces explicativos, elementos en común que abren espacios para la emergencia de una teoría más general. A continuación se destacan las principales críticas mutuas entre estos enfoques, y se analizan algunos espacios abiertos para la convergencia entre estas perspectivas.

a. Apreciaciones sobre el enfoque geográfico

Como se ha mencionado, Max Weber acepta que la geografía es una condición que influye

en la generación de riqueza nacional. Él señala, por ejemplo, que en Europa occidental el mar Mediterráneo favoreció la abundancia de comunicaciones fluviales y ello afectó favorablemente el comercio internacional; en contraste, en China e India existieron considerables obstáculos territoriales para el comercio externo (Weber 2001). Sin embargo, también puntualiza que la geografía es insuficiente para explicar el desarrollo del capitalismo moderno. En la Antigüedad, por ejemplo, las posibilidades de transporte en Europa eran también favorables –por el mar Mediterráneo y la difusión de culturas costeras–, pero aun así no emergió el capitalismo moderno. Por otra parte, cuando nació esta forma económica, se desplegó con más fuerza en las ciudades industriales del interior (como Florencia) que en los grandes puertos mercantiles (como Génova y Venecia), lo cual cuestiona la tesis del efecto positivo que tiene el acceso directo al mar.

Respecto a la específica versión de Jared Diamond, Acemoglu y Robinson (2012) elaboran una crítica triple. Según ellos, esta teoría a) no se puede generalizar para explicar las desigualdades modernas, ya que no sirve para entender importantes diferencias económicas entre zonas que tienen una geografía muy similar; b) no permite explicar los rápidos cambios económicos al interior de un mismo país, es decir, los períodos de crisis o crecimiento apresurado; y c) no explica adecuadamente el origen de la prosperidad. Esto último, es ejemplificado con reversiones históricas de riqueza: en el siglo XV los territorios que eran ricos antes de la colonización Europea (ej. Incas y Mayas), terminaron siendo pobres en el siglo XX, y los que era pobres, hoy son ricos en términos relativos

(Acemoglu, Johnson y Robinson 2000; Chanda, Cook y Putterman 2014). El enfoque territorial no parece adecuado para entender esas reversiones de riqueza.

Por su parte, Niall Ferguson (2012) señala que la propuesta de Diamond acerca de por qué Europa occidental superó a China en los últimos siglos acierta en destacar el impacto de la competencia, en tanto elemento que impulsó la innovación y el desarrollo capitalista. Sin embargo, éste sería sólo uno de los seis “resortes del poder global” que habrían sido primordiales para explicar el ascenso moderno de la civilización occidental.

En suma, tanto Weber como Ferguson son capaces de identificar un impacto de la geografía en la prosperidad de los países, aunque especificando que un medioambiente apropiado no sería una condición suficiente para el despliegue del desarrollo económico moderno. La posición de Acemoglu y Robinson es más dura, ya que especifica las dificultades de este enfoque para explicar las desigualdades entre naciones, el crecimiento interno y el origen de la riqueza de los países. Sin embargo, todas estas críticas se basan en ejemplos históricos de rápido cambio institucional, en donde la geografía no tendría un papel predominante. Si bien esta metodología es ideal para probar que las instituciones tienen un efecto determinante en la generación de la riqueza, no sirve para negar el papel de la geografía. Para ello, habría que hacer el experimento inverso: trasladar un país completo, con su misma población, cultura e institucionalidad, desde un territorio geográficamente favorable a uno adverso (o vice versa).

Ante la dificultad de realizar ese experimento,

una opción más viable es observar la exportación histórica de instituciones desde un país a otro y evaluar si la calidad de sus resultados varía según condiciones geográficas. La propuesta de Diamond (2014), basada en el estudio de “experimentos naturales”, es que en ese caso la geografía sí influiría en el éxito de las instituciones: en nuestros días las naciones económicamente poderosas provienen de civilizaciones que desarrollaron tempranamente la agricultura (como China, Japón, Corea, Malasia o Europa) o fueron pobladas por esas civilizaciones (Estados Unidos, Australia o Brasil). Esas naciones tendrían mayores facilidades para construir instituciones exitosas. Y como la agricultura sólo surgió en sectores con medioambientes proclives a ella, el razonamiento geográfico seguiría teniendo validez para entender la distribución de la riqueza contemporánea. En otras palabras, Diamond propone que además de un impacto geográfico directo en la riqueza, actualmente existiría un efecto mediado por instituciones; investigaciones posteriores han confirmado esta hipótesis, mostrando que la geografía impacta de ambas maneras en la prosperidad nacional (Hibbs y Olson 2004).

b. Apreciaciones sobre el enfoque cultural

Jared Diamond (2014) propone que la relación entre cultura y geografía puede darse de dos maneras. Por un lado, existirían variaciones culturales que se explican por el medioambiente, y en ese sentido, podrían ser incluidas al interior de la explicación geográfica. Sin embargo, también habría cambios culturales sin vinculación directa con la geografía. Es-

tas últimas transformaciones podrían llegar a provocar cambios sociales duraderos y poco previsibles a partir de características geográficas. Desde esta idea, podría reconocerse que la cultura es capaz de influir directamente en la generación nacional de la riqueza, sin una mediación medioambiental.

Por otra parte, Niall Ferguson (2012) señala que las instituciones son en cierto sentido productos culturales, aunque también formalizan un conjunto de normas que cambian el comportamiento humano. En otras palabras, que existiría una influencia mutua entre cultura e institucionalidad. Además, Ferguson coincide con Weber en la importancia de la ética de trabajo para explicar la prosperidad moderna, así como en la afinidad que existió entre protestantismo y capitalismo. Sin embargo, propone que esta relación se ejerció por otros motivos. El protestantismo “no solo hizo que la gente trabajara, sino también ahorrara y leyera” (Ferguson 2012, p. 352); no habría promovido únicamente una ética del trabajo, sino que además una ética de la palabra. Debido a la alta importancia que otorgaba Lutero a la lectura de la Biblia, el protestantismo habría alentado la alfabetización y la impresión de textos, lo cual terminó potenciando el “capital humano” y fomentando con ello el desarrollo económico y el estudio científico.

Acemoglu y Robinson (2012) están de acuerdo con Ferguson en que la cultura puede influir en los resultados económicos, dado que las normas sociales son difíciles de cambiar y ellas tienden a apoyar ciertas configuraciones institucionales. Sin embargo, ellos proponen que varios aspectos culturales –como la religión, la ética nacional o los valores– no serían rele-

vantes para explicar la desigualdad entre los países. La confianza en los demás y la disposición a la cooperación serían muy importantes para el desarrollo económico, pero sugieren que estos elementos son fundamentalmente producidos por instituciones. Además, en los ejemplos que ellos estudian –Nogales, Corea, Alemania y otros similares–, la cultura no parece haber tenido impacto en el crecimiento de la prosperidad de una zona en comparación con la otra, ya que los territorios comparados compartían originalmente lengua, etnia y cultura.

Acemoglu y Robinson (2012) son conscientes de que los primeros éxitos del capitalismo moderno estuvieron en naciones protestantes, como Holanda o Inglaterra. Sin embargo, sostienen que la cultura no tiene gran influencia en términos económicos. En primer lugar, porque Francia e Italia –y posteriormente varios países asiáticos– copiaron rápidamente el modelo capitalista y tuvieron resultados similares. En segundo lugar, debido a que el contacto cultural entre los países protestantes y sus colonias no se vinculó directamente con la prosperidad de los países: es verdad que Canadá y Estados Unidos hoy son prósperos, pero Sierra Leona y Nigeria no, a pesar de que también fueron colonias inglesas. Finalmente, porque el argumento cultural no sirve para explicar los crecimientos económicos “milagrosos” de algunos países (como pasó en Alemania, algunas naciones de Asia y en Chile), dado que la cultura es muy difícil de cambiar en el corto plazo en que se dieron estos cambios económicos. A partir de estos comentarios, se pueden rescatar algunas ideas relevantes. En primer lugar, que algunos elementos culturales podrían

ser explicados por condiciones geográficas o institucionales, y por tanto, ser causas inmediatas –pero no finales– de la prosperidad. Sin embargo, también la cultura podría mostrar un efecto directo en la riqueza nacional. Esto podría efectuarse de dos modos: estimulando directamente ciertas conductas proclives para la generación (o declive) de la riqueza –lo que señala Weber–, o promoviendo de manera indirecta, a través de normas, el desarrollo (o degeneración) de configuraciones institucionales que afectan la prosperidad –que es lo destacado por el enfoque institucionalista–.

Finalmente, deberían considerarse dos elementos del impacto de la cultura en el desarrollo del capitalismo moderno. En primer lugar, que fenómenos culturales específicos (como una ética de trabajo) podrían ser trasladados de un país a otro con cierta facilidad, a pesar de que no hayan tenido un vínculo de origen con esa nueva cultura. En segundo lugar, que debido a la dificultad de cambiar rápidamente elementos culturales, el impacto de la cultura en la generación de prosperidad debe observarse en un plazo mayor que el de los cambios institucionales.

c. Apreciaciones sobre el enfoque institucional

La explicación amplia de Weber (2001) sobre el origen del capitalismo moderno incluye condiciones de posibilidad que actualmente serían clasificadas como institucionales (aunque él las denominaba “culturales”). Desde su visión, el desarrollo del capitalismo industrial necesitaba la preexistencia de un estado racional –el cual aplicara a un territorio una política económica gubernamental– y de un derecho

previsible –que establezca una normatividad calculable para las relaciones laborales y comerciales–. En ese sentido, el enfoque cultural no debería entenderse como una alternativa excluyente al análisis institucional, sino que, por el contrario, como un marco interpretativo que interrelaciona aspectos institucionales y culturales. Más específicamente, el punto de vista de Weber supone que algunos elementos geográficos e institucionales funcionan como condiciones de posibilidad (necesarias, pero no suficientes) para el auge económico, mientras que la cultura desempeñó un rol más activo en la transformación.

En su libro *Sociedades Comparadas*, por otra parte, Jared Diamond (2016) aclara que su teoría también es compatible con la observación de dinámicas institucionales. A su juicio, es correcto el énfasis de los economistas en la identificación de “buenas instituciones” –aquellas apropiadas para aumentar la prosperidad de los países–: nivel de corrupción, estado de derecho, derechos de propiedad, cumplimiento de contratos, incentivos y oportunidades de inversión financiera, tasa de asesinatos, eficacia gubernamental, nivel de inflación, libertad de flujos de capital, libertad de flujo comercial, acceso a cambio de divisas e inversión en capital humano (Diamond 2016).

Sin embargo, Diamond (2016) puntualiza que la explicación institucional es incompleta, debido a que no aclara a) por qué surgieron esas instituciones en ciertas regiones geográficas y no en otras, ni b) el nivel de facilidad o dificultad que tienen los países para su implementación. Los factores institucionales, en otras palabras, serían las causas inmediatas del desarrollo económico, pero dependen de otros

factores previos, dentro de los cuales destaca el desarrollo histórico de la agricultura (que solo surgió en algunos entornos geográficos). La agricultura, desde la óptica de Diamond, fue el elemento clave que permitió el desarrollo de instituciones complejas, dado que favoreció la emergencia de sociedades sedentarias, con alta densidad de población y excedentes alimentarios, lo que a su vez permitió el surgimiento de especialistas. Añadido a ello, los países vinculados a civilizaciones que desarrollaron tempranamente la agricultura, incluso en nuestros días tendrían mayor facilidad para construir y desarrollar instituciones exitosas (Diamond 2014).

Conclusión: lineamientos para una teoría multifactorial de la prosperidad

El contraste entre los tres enfoques revisados en este artículo, así como la discusión sobre sus convergencias e incompatibilidades mutuas, permiten evaluar la potencialidad explicativa de cada perspectiva y reconocer sus niveles de complementariedad. El resultado de este ejercicio no aclara por sí mismo “cómo explicar la prosperidad de los países”, sino que señala los aportes más significativos de tres enfoques relevantes para encontrar la respuesta –los cuales han logrado amplia notoriedad por su abundante respaldo empírico y su profundidad argumentativa–. Por ello, quisiera concluir este artículo señalando algunas orientaciones generales, que creo que deberían ser consideradas para la construcción de una teoría general sobre la prosperidad nacional.

En primer lugar, quisiera plantear que las tres

dimensiones de factores destacadas en este artículo –geografía, cultura e institucionalidad– son importantes para explicar la prosperidad de los países. A mi juicio, hay suficiente evidencia y coherencia teórica para proponer que cada una de ellas tiene un impacto significativo en la formación de riqueza. Por ello, más que optar por un camino explicativo único y simplificador, me parece apropiado avanzar hacia la creación de una teoría multifactorial, que pondere adecuadamente la influencia de estos factores, vinculándolos entre sí de una manera lógica y coherente. El principal desafío, en ese sentido, sería construir un marco teórico que permita reunir congruentemente los avances explicativos de estos diversos enfoques, superando además sus limitaciones conceptuales. Una teoría multifactorial de este tipo, por otra parte, no debiera considerar únicamente elementos contextuales (como la geografía, la cultura y la institucionalidad), sino que además incluir espacio para las dinámicas económicas que influyen en la acumulación nacional de riqueza –como el grado de división del trabajo o de confianza crediticia–. Investigaciones recientes han destacado, por ejemplo, que existe una importante relación entre el grado de complejidad económica interna a los países –es decir, la multiplicidad de conocimientos útiles incorporados en la producción nacional– y la generación de riqueza (Hausmann et al 2014). Lo que se ha demostrado, es que la diversidad en la producción y la posición del país al interior de la red de intercambio internacional permiten predecir el crecimiento económico. Además, algunos beneficios de la complejidad económica –como la disminución de la desigualdad de ingresos– se producen con

independencia del entorno institucional y del capital humano (Hartmann et al 2015). Por ello, creo adecuada la elaboración de una teoría que incluya en su análisis las dinámicas económicas internas de los países.

En tercer lugar, creo que esta teoría no debiera entender las dimensiones de factores como autónomas o separadas del resto de las dimensiones. Para entender el impacto de la geografía en la prosperidad, por ejemplo, es principal conocer su vínculo con la agricultura, y gran parte del impacto agrícola tiene que ver con que permitió el desarrollo de instituciones complejas, las cuales también necesitaban normas, valores y hábitos para su correcto funcionamiento. La cultura, por su parte, sin duda es afectada por condiciones medioambientales, así como por transformaciones en las instituciones. Estas últimas son promovidas o dificultadas por marcos normativos (culturales) preexistentes, y para surgir en su versión moderna necesitaron que existiera un estilo de vida sedentario y ciertos niveles de acumulación alimenticia, que permitieran la formación de especialistas (lo cual se logró en territorios que pudieron desarrollar la agricultura). Como puede notarse, las interrelaciones entre las tres dimensiones de factores son múltiples, y una teoría adecuada sobre la prosperidad debería explicar en detalle cómo funcionan estas relaciones.

Por otra parte, debe considerarse que cada una de estas dimensiones de factores parece afectar al desarrollo de los países en una escala temporal diferente. La dimensión geográfica sería la que permite realizar interpretaciones con mayor amplitud histórica, llegando a abarcar varios miles de años. No tendría sentido, en cambio, observar la dimensión cultural o ins-

titucional a esa escala. En el lapso correspondiente a una generación humana, por ejemplo, pueden existir cambios culturales suficientes para marcar un cambio en la prosperidad nacional. En la dimensión institucional, en tanto, los cambios pueden ser mucho más traumáticos que en la cultura, y por ello es posible generar transformaciones aún más expeditas en los niveles de riqueza –que pueden manifestarse en unos pocos años–. Estas diferentes escalas temporales afectan la aplicabilidad de estos enfoques para las políticas públicas. Dado que la geografía y la cultura son más difíciles de cambiar en plazos moderados, la perspectiva institucional sería aquella con mayor potencialidad práctica y política. Sin embargo, la consideración única de factores institucionales sería deficiente para explicar cómo surgió el complejo entramado institucional característico de los países prósperos, así como para entender, en un nivel macro histórico, por qué en Europa occidental se gestaron las instituciones favorables para el desarrollo económico moderno.

Finalmente, creo que una teoría adecuada sobre el desarrollo de la prosperidad nacional también debería considerar el cambio histórico en el nivel de impacto de las distintas dimensiones de factores. En los últimos siglos, por ejemplo, la globalización económica y la mayor eficacia de las tecnologías de comunicación afectaron el ritmo de la exportación de estilos de vida, modos de trabajo y marcos institucionales. Ese proceso ha aumentado la capacidad de homogeneizar culturas e instituciones entre países, y podría haber afectado el proceso mismo de generación de brechas entre naciones –las regiones en donde actual-

mente se generan condiciones favorables para la prosperidad, probablemente mantengan sus ventajas comparativas por menos tiempo que en los períodos históricos precedentes–. Por otra parte, también hay indicios de que el impacto de la geografía podría haber variado en el último tiempo. Las formas contemporáneas de transporte y comunicación han facilitado los flujos internacionales de dinero y la participación de personas en negocios de países lejanos. La economía mundial, además, se ha enfocado crecientemente en los servicios. Por ello, las condiciones medioambientales podrían estar disminuyendo su efecto en la economía de los países, o al menos en comparación con épocas que tendieron al desarrollo de economías cerradas y basadas en recursos naturales. La suma de estos argumentos sugiere que el nivel de impacto de las diversas dimensiones de factores (geografía, cultura e institucionalidad) podría variar históricamente. Por ello, una adecuada teoría multifactorial de la prosperidad, tendría que evaluar posibles transformaciones históricas en los efectos explicativos de cada dimensión incluida en su propio modelo.

Bibliografía

Acemoglu, D., Johnson, S., y Robinson, J. A. (2000). The colonial origins of comparative development: An empirical investigation. NBER Working Paper Series, N° 7771. National bureau of economic research.

Acemoglu, D., Johnson, S y Robinson, J. (2002). Reversal of Fortune: Geography and Institutions in the Making of the Modern World Income Distribution. The Quarterly Journal of Economics, Vol. 117, No. 4, 1231-1294.

Acemoglu D. y Robinson J. (2012). Por qué fracasan los países. Los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza. Barcelona: Planeta.

Bondarenko, D., Kazankov, A., Khaltourina, D., y Korotayev, A. (2005). Ethnographic atlas XXXI: Peoples of easternmost Europe. Ethnology, 261-289.

Bourguignon, F. y Morrisson C. (2002). Inequality among World Citizens: 1820-1992. The American Economic Review, Vol. 92, No. 4, pp. 727-744. Chanda, A., Cook, C. J., y Putterman, L. (2014). Persistence of fortune: Accounting for population movements, there was no post-Columbian reversal. American Economic Journal: Macroeconomics, 6(3), 1-28.

Diamond, J. (2006). Colapso. Por qué algunas sociedades perduran y otras desaparecen. Barcelona: Debate.

Diamond, J. (2014). Armas, gérmenes y acero. México: DeBOLSILLO.

Diamond, J. (2016). Sociedades comparadas. Barcelona: Debate.

Diamond, J. y Robinson, J. (2010). Natural Experiments of History. Cambridge Mass.: Harvard University Press.

Ferguson, N. (2012). Civilización. Occidente y el resto. Barcelona: Debate.

Ferguson, N. (2014). La gran degeneración. Cómo decaen las instituciones y mueren las economías. Santiago de Chile: Debate.

Gray, J. P. (1999). A corrected ethnographic atlas. World Cultures, 10(1), 24-85

Hartmann, D., Guevara, M., Jara-Figueroa, C., Aristarán, M. e Hidalgo, C. A. (2015). Linking Economic Complexity, Institutions and Income Inequality. ArXiv preprint, arXiv: 1505.07907.

Hausmann, R., Hidalgo, C. A., Bustos, S., Coscia, M., Simoes, A., y Yildirim, M. A. (2014). The atlas of economic complexity: Mapping paths to prosperity. New York: MIT Press.

Hibbs, D. A., y Olsson, O. (2004). Geography, biogeography, and why some countries are rich and others are poor. Proceedings of the national academy of sciences of the United States of America, 101(10).

International Monetary Fund (2016). World Economic Outlook Database (October 2016). Disponible en línea: <http://data.imf.org/>

Korotayev, A., Kazankov, A., Borinskaya, S., Khal-

tourina, D., y Bondarenko, D. (2004). Ethnographic atlas XXX: peoples of Siberia. Ethnology, 43(1), 83-92.

Martucelli, D. (2013). Sociologías de la modernidad. Itinerario del siglo XX. Santiago de Chile: LOM.

Murdock, G. P. (1962-1971). Ethnographic Atlas, Installments I-XXVII. Ethnology, 1-10.

Ross, M. (2012). The oil curse: how petroleum wealth shapes the development of nations. Princeton: Princeton University Press.

Social Progress Imperative (2016). Social Progress Index 2016. Disponible en línea: <http://www.socialprogressimperative.org/>.

United Nations Development Programme [UNDP] y Malik, K (2014). Human Development Report 2014: Sustaining Human Progress-Reducing Vulnerabilities and Building Resilience (PDF).

Weber, M. (2001). Historia económica general. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.

Weber, M. (2004). La ética protestante y el espíritu del capitalismo. Buenos Aires: Gradifco.

Weber, M. (2005). Sociología de la religión. Buenos Aires: Letras Universales.

World Bank (2012). World Development Indicators 2012. Relaciones Internacionales.

World Bank (2013). World Development Indica-

tors 2013. Relaciones Internacionales.

World Bank (2014). World Development Indicators 2014. Relaciones Internacionales.

World Bank (2015). World Development Indicators 2015. Relaciones Internacionales.